

los Amalos. El gobierno imperial seguía de nuevo su añeja política de excitar á los grupos de la raza germánica unos contra otros. Los ostrogodos se echaron sobre la Iliria y obligaron al emperador á cumplir el contrato, pagar los atrasos y además 300 libras de oro como estipendio anual. En cambio se obligaron los tres hermanos á defender las fronteras, y aunque de mala gana, avinose Teodemero, á instancias de su hermano mayor Walamero, á enviar en rehenes á Constantinopla á su hijo Teodorico, de edad de ocho años, el cual desde luego se ganó la voluntad del emperador Leon, «porque era un gallardo muchacho» (*quia puerulus elegans erat*). Fué decisiva para el porvenir de Teodorico la educación que recibió en la corte imperial, donde permaneció hasta la edad de diez y ocho años; allí empapóse su alma sensible en la civilización antigua, y adquirió gran entusiasmo por las artes, ciencias y organización social del mundo romano, conforme demostró despues como dueño soberano de Italia.

Entre tanto iban combatiendo los tres hermanos Amalos, ya como vasallos del imperio, ya en interés propio, con casi todos sus vecinos los satagos, hunos y sármatas, pueblos de raza distinta de la suya, y con los de raza germánica como los esciros, rugios, gépidos, suevos y alamanos, imponiendo tributo á los vencidos, pues que las subvenciones imperiales unidas á los productos del país, debían ser insuficientes á mantener el numeroso pueblo.

Muerto Walamero en una batalla contra los esciros, ocupó su lugar Teodemero, «ciñéndose las insignias reales,» como dice el cronista, quedando Vidimero como antes primer vasallo de su hermano el rey. Hallábase Teodemero guerreando con suevos y alamanos cuando volvió su hijo Teodorico de Constantinopla con el deseo ardiente de adquirir laureles en los campos de batalla. Reunió un cuerpo de tropas compuesto de guerreros de la escolta de su padre, voluntarios y colonos hasta un total de 6,000 hombres, y pasó el Danubio sorprendiendo á un antiguo adversario de los godos, el Khan de los sármatas, Babai, que murió en la pelea, y que envanecido de una victoria que había alcanzado sobre tropas romanas, había tomado aires en extremo insolentes. El joven príncipe vencedor presentó á su padre asombrado el tesoro y la familia del Khan; pero quedóse para sí con la ciudad de Singiduno (Belgrado), que Babai había tomado poco antes á los romanos, preludivando así lo que hizo despues cuando arrancó toda la Italia á Odoacro para quedarse con ella en lugar de restituirla al emperador. Debió ser esta informalidad causa de la ruptura con el imperio que ocurrió poco despues.

Empezó el pueblo ostrogodo á mostrarse poco contento con su situación y con las tierras que ocupaba. Escaseaban los víveres y el vestido, y quizá no cabía ya el pueblo en el territorio; los saqueos y expediciones contra los pueblos vecinos ya no daban resultado; de modo que las quejas se aumentaron tanto, que finalmente cedió el rey «al gran clamoreo,» determinándose á abandonar el país para huir de un estado tan insufrible. La nueva patria solo podía encontrarse en territorio romano, y así encargó el rey á su hermano Vidimero que se dirigiese hácia el Occidente y penetrase en Italia con sus tribus, mientras él mas poderoso se dirigiria al imperio oriental, que en aquel tiempo era ya considerado como el mas fuerte de los dos, y que por la incomparable posición de su capital pudo conservarse mil años mas que el imperio occidental. Es probable que la división de los ostrogodos en dos grupos obedeciera á la dificultad de mantenerse ambos juntos durante la emigración.

El emperador de Occidente, Glicerio, consiguió desviar á Vidimero de Italia por medio de grandes sacrificios en for-

ma de presentes, y hacerle tomar en 474 el camino de la Galia, donde los ostrogodos se unieron y mezclaron hasta fundirse con sus hermanos los visigodos.

Teodemero llegó luchando con sármatas y romanos hasta la Mesia; apoderóse de las ciudades de Naiso y Ulpiana y murió en 474 ó 475 despues de haber recomendado á su hijo al pueblo para que le eligiera por sucesor suyo. Así se hizo, y Teodorico fué proclamado rey á la edad de veintinueve años. Pasó en los trece años siguientes un aprendizaje durísimo; porque la existencia de su pueblo continuaba siendo precaria, sin mas alternativa que vivir en buena amistad con el imperio de Oriente ó ser arrojado otra vez á la orilla septentrional del Danubio en medio de los bárbaros allí establecidos. Sin embargo, la política de la corte imperial se dirigió á emplear en su favor las armas de los ostrogodos con el menor sacrificio posible, hasta el momento en que pudiera prescindir de su concurso ó bien exterminar á los intrusos. A esta situación crítica se agregaba la presencia de su rival, aquel caudillo godo á quien por su estrabismo llamaban Estrabon en la corte imperial, la cual trataba de valerse de uno y otro para aniquilarlos á los dos. Estos manejos eran la política corriente en aquella época. Sucedió en esto que Triario, el padre de Estrabon, que se había distinguido en su tiempo como caudillo en las filas ostrogodas que á las órdenes de Alateo y Safrach habían pasado el Danubio huyendo de los hunos, si bien ni él ni su hijo habían llevado el título de rey, reclamó del emperador el empleo y la herencia de su pariente Aspar, muerto asesinado poco antes, es decir, la jefatura ó mando del ejército, admision de él y de sus tropas en Tracia, una subvención anual de 1,000 libras de oro y la concesión del título de rey de los godos. En esto se diferenciaba mucho de Teodorico, rey indudable y reconocido de su pueblo, el cual solicitaba del emperador dignidades romanas como era costumbre, pero nunca el reconocimiento ni mucho menos la concesión del título de rey.

En los años que siguieron hasta la muerte de Estrabon, la política del emperador Zenon consistió en sostener al competidor de Teodorico, y suplir lo que le faltaba en autoridad y poder con sus recursos imperiales, mientras el rey de los ostrogodos, mas fuerte, tenía que procurar para su pueblo la mayor independencia y mayor suma de beneficios posibles del gobierno de Constantinopla.

En 475 ó 476 logró un usurpador, llamado Basilisco, con el auxilio de Estrabon, expulsar al emperador Zenon de Constantinopla; pero pronto fué repuesto en el trono; y como Teodorico había abrazado su causa y combatido con los suyos á favor de la restauración, y además contra los enemigos exteriores búlgaros, recompensó el emperador con dinero, y además con la dignidad de patricio y la adopción por hijo de armas. No se fió el ostrogodo de la constancia bizantina, y se estableció con su gente sin permiso del emperador, y aun á viva fuerza, en los distritos del Bajo Danubio, con Nova al Sur de Singiduno por capital, sin cesar por esto de ostentar su calidad de general y amigo del imperio. Todos los trabajos de Estrabon encaminados á excitar al emperador contra su ingrato hijo adoptivo fueron vanos; y cuando furioso trató de penetrar á traición en Constantinopla, fué descubierto á tiempo y declarado enemigo del país. No se espantó Estrabon por esto; empezó á reunir tropas atrayéndose muchos guerreros de Teodorico y logró atemorizar á la corte, tanto que el emperador le propuso entenderse con él en perjuicio del rey ostrogodo; y solo las excesivas exigencias de Estrabon que quería apoderarse de la capital salvaron á Teodorico. Al fin el emperador se vió obligado á implorar el auxilio del rey godo, prometiéndole

con solemne juramento no volver ya jamás á tener tratos con Estrabon. Con esta promesa marchó Teodorico hácia los Balkanes á reunirse con un ejército bizantino que allí debía aguardarle para atacar al enemigo; pero en lugar de tropas imperiales, como estaba convenido, halló á Estrabon á la cabeza de un imponente ejército que le amenazó con destruirle si no se unía á él para atacar ambos juntos en su capital al gobierno traidor que no hacia mas que excitar al uno contra el otro para que se exterminaran mutuamente.

Furioso de tanta traición, y cediendo al clamoreo de su ejército excitado por el astuto Estrabon que había sabido disponerle á su favor con una hábil propaganda, logrando que rehusara combatir contra hombres de su propia raza, aceptó Teodorico la proposición, y ambos godos marcharon amenazadores sobre Constantinopla. No tardó el emperador en deshacer la terrible alianza, devolviendo á Estrabon sus honores, cargos y dignidades. Estrabon, celoso ya de la creciente importancia de su competidor, le abandonó, haciendo las paces con Zenon, que declaró al rey amalo despojado de todos sus títulos y empleos. A esto contestó Teodorico aliándose con otro miembro de su familia, Sidimundo, que hasta entonces había estado al servicio del imperio, y renovó las hostilidades negándose á aceptar el distrito de Pantalia que el gobierno de Constantinopla se apresuró á ofrecerle si quería hacer la paz; pero cuando el excelente general Sabiniano, enviado contra él, empezó á estrecharle, consintió al fin en entrar en negociaciones de paz, exigiendo el mando en el ejército que se había dado á Estrabon y la admisión definitiva y perpetua de él y de los suyos en el imperio. En cambio y dando en rehenes á su madre y hermana, ofreció servir al emperador con un contingente compuesto de sus mejores guerreros, establecer el resto de su pueblo en la provincia que se determinara, atacar á Estrabon en Tracia, ó si se prefería, buscar al emperador occidental Nepote, protegido de Zenon y á la sazón expatriado en Dalmacia, y reponerle en el trono de Roma. En esta proposición asoma ya por primera vez la idea de Teodorico de encontrar una ocasión para entrar en Italia, país sin dueño, al paso que se ve la solicitud con que buscaba una nueva patria para su pueblo. Jefes como Estrabon y Sidimundo, meros ambiciosos y caudillos de partido, como los *condottieri* de la Edad media, no tenían semejantes cuidados, pues aunque llevaban consigo mujeres, no eran ni en tanto número, ni verdaderas madres de familia como las que iban con el ejército de Teodorico, que representaba un pueblo entero en busca de un país donde establecerse. Durante la tregua y mientras se seguían las negociaciones se echó Sabiniano sobre la retaguardia del rey, mandada por su hermano Teodemundo, cerca de Licnido, y apoderóse de 2,000 carros y 5,000 prisioneros. El emperador, envanecido con esta ventaja y exagerándose su importancia, desechó inmediatamente las proposiciones de Teodorico y dió orden de continuar las hostilidades. Ocurrió esto en 479; pero dos años despues se sublevaron contra él dos rebeldes, Procopio y Rómulo, poniéndole en tal aprieto que no tuvo mas recurso que solicitar el auxilio de Estrabon á fuerza de grandes sacrificios. Estrabon en lugar de cumplir su palabra, dió á uno de los dos sublevados asilo y trató otra vez de apoderarse de la capital. Como en estos momentos le alcanzó la muerte (en 481), creció desde entonces la importancia de Teodorico, ya como amigo ya como enemigo del emperador. Así es que en 482 le vemos devastar la Tracia; al año siguiente pasa otra vez al servicio del emperador, que le nombra cónsul para el año 484, dándole territorios en la Dacia y la Mesia; en 486 vence á Ilo y Leoncio, que se habían sublevado contra el emperador, y recibe en recompensa los honores de la entrada triunfal en la capital, donde se le

erige una estatua ecuestre; pero al año siguiente volvemos á verle enemigo del imperio hasta el punto de sitiar á Constantinopla. El emperador evitó este nuevo peligro echando á Teodorico sobre la Italia, con lo cual se acabaron estas continuas oscilaciones entre la enemistad y las recompensas y honores. Indudablemente salió la iniciativa de esta expedición del mismo emperador, que fiel á las tradiciones de la antigua política romana de hacer que se exterminaran mutuamente los bárbaros, no encontró mejor medio, muerto ya Estrabon, que buscar un nuevo adversario á Teodorico en la persona del usurpador de Italia, Odoacro. Peligroso regalo era esta Italia, porque el favorecido con este donativo de Dánaos necesitaba ante todo conquistar aquello que se le regalaba, y Odoacro sostuvo la guerra mucho tiempo con admirable tenacidad, mostrándose en un todo digno adversario de Teodorico.

El imperio romano occidental puede decirse que cesó de existir por pura casualidad, por un motín de la soldadesca mercenaria; á lo menos no hubo ningun plan que tuviera por objeto destruirlo. Las tropas reclutadas entre los germanos se habían vuelto de siglo en siglo mas exigentes; pero el sistema romano de darles, además del sueldo y la manutención, tierras donde establecer sus familias, á condición de defenderlas contra los invasores, no había ofrecido peligro alguno mientras el imperio había sido fuerte, y hasta le prestaron los bárbaros importantes servicios en aquellos territorios fronterizos durante muchos siglos. Otra cosa era ya cuando estos mismos mercenarios, viendo la decadencia del imperio, pidieron y lograron terrenos en las provincias interiores, en plena propiedad y no como usufructuarios temporales, y cuando la población romana tuvo que cederles una tercera parte de cada propiedad; entonces ya pudo vislumbrarse la introducción definitiva del elemento bárbaro en la civilización romana y la inevitable barbarización del imperio. La dominación del godo Odoacro en Italia no estaba reconocida por el emperador de Oriente, por tanto Teodorico se presentó con los suyos para apoderarse de la península, administrarla como lugarteniente del emperador y establecer allí el pueblo ostrogodo, quizá solo en las propiedades, ó terceras partes ocupadas por los godos de Odoacro, ó como las llamaban los romanos: *sortes herulorum*, las suertes de los hérulos. El plan era astuto y digno de la corte de Constantinopla, pues cualquiera de los dos godos que sucumbiera, era un enemigo menos para el emperador, ya fuese vecino ó inquilino inquieto como Teodorico, ya usurpador como Odoacro. Una cosa no calculó el emperador, era el carácter de conquistador del ostrogodo y la importancia que le daba en caso de salir vencedor la dignidad real hereditaria en su familia que tenía entre los suyos.

Para dar un paso como la expedición á Italia tuvo Teodorico que consultar al pueblo; pero este cansado y descontento de su precaria posición y de sus relaciones alternativamente benévolas y hostiles con el gobierno imperial, no se hizo de rogar, y en el año 488 se puso en marcha con sus mujeres, hijos, siervos, carros, caballos y ganado vacuno, despues de haber sido convocados y reunidos todos los que quisieron tomar parte en la empresa. Muchos prefirieron quedarse, como vemos por un tal Besa que despues figura como jefe combatiendo bajo las órdenes de Belisario contra los de su raza, pero en cambio agregáronse á los emigrantes algunos bizantinos y durante la marcha varios contingentes respetables de rugios. Difícil es determinar el número de almas que componían las masas ostrogodas. Cierto que antes se exageraban mucho los números en los varios éxodos y emigraciones de los pueblos germánicos; pero atendido el dato de que los ostrogodos despues de un periodo de paz y de calma,

pudieron presentar con Vitico y Totila 150 á 200,000 combatientes, no se errará mucho si se calcula el número total de emigrantes en cerca de 250,000.

Desde Novae, al Norte de Nicópolis, donde se hallaba establecido desde algunos años antes el cuartel general del rey, dirigióse el pueblo hácia el Occidente con su inmensa impedimenta por la orilla romana del Danubio, luchando en todo el camino con hordas búlgaras y sármatas ó sean los pueblos eslavos. Había pasado de Singiduno y Sirmio, cuando sus antiguos enemigos, los gépidos, le salieron el encuentro cerrándole el paso. La lucha fué grande, y á no ser por el valor personal del rey hubieran quedado allí exterminados los ostrogodos. Pasado este peligro, siguieron su penosísima marcha, atormentados por el hambre, las epidemias y el frío del invierno; subieron por la orilla del río Save, atravesaron por caminos montuosos y escarpados de los Alpes, y llegaron finalmente al Isonzo, que formaba la frontera italiana. Allí, en el umbral de su casa, digámoslo así, les estaba aguardando Odoacro; pero los ostrogodos forzaron el paso del río en 28 de setiembre del año 489. Cuatro semanas despues, en 30 de octubre, ocuparon las plazas fuertes de Verona, Milan y toda la línea del Isonzo á consecuencia de otra sangrienta batalla dada cerca de Verona. Odoacro quiso retirarse á Roma, pero la capital le cerró las puertas y se entregó á su enemigo que se presentaba en nombre del emperador de Oriente. Viéndose casi perdido, encerróse Odoacro en Rávena, su segunda capital, plaza inexpugnable entonces por su situación en medio de pantanos y atendidos los recursos de sitio imperfectos de la época, mucho mas teniendo asegurado el abastecimiento de víveres por la escuadra romana del Adriático, estacionada á la sazón en el puerto de guerra próximo conocido por el nombre de Classis ó estación militar. Rávena era entonces como hoy Venecia, una ciudad acuática, cuyas lagunas eran las carreteras por donde se transitaba en góndolas, lo mismo que en la inextricable red de canales derivados del Po que rodeaba la ciudad por tres lados. Allí mantúvose Odoacro, renunciando á sostenerse en el campo abierto, sobre todo desde que su general Tufa, probablemente en secreta connivencia con su señor, se había pasado á los ostrogodos para abandonarlos despues, volverse á Rávena, llevarse engañados á los jefes ostrogodos que Teodorico había puesto á sus órdenes y entregarlos prisioneros á su rey. Odoacro, reanimado con el éxito de esta estratagema, resolvió luego atacar á su vez; y en efecto, se apoderó de Cremona y de Milan y obligó á Teodorico á encerrarse con los suyos detrás de las murallas de Pavia; suceso que es un excelente indicio para el cálculo exacto del número de almas que acompañaban al rey ostrogodo, pues que cupieron todos los inmigrantes en una ciudad de segundo orden. La situación de los sitiados iba haciéndose intolerable, cuando en el momento mas crítico llegaron en su auxilio sus fieles amigos y afines los visigodos con un ejército considerable, que permitió á Teodorico salir de Pavia y librar á su enemigo una tercera batalla encarnizada, en la cual se disputó el paso del río Adda en 11 de agosto de 490. Vencieron los godos unidos, y Odoacro vióse otra vez forzado á encerrarse en Rávena, donde los aliados le cortaron la salida por tres lados, mientras otros cuerpos de ejército, no se sabe si bajo el mando de Teodorico ó de otros jefes godos ó romanos, recorrían la Italia posesionándose de todas las ciudades menos Rímimi y Cesena. Casi sin excepcion se pasó al vencedor toda la población italiana, la cual, probablemente á consecuencia de una conjuración secreta, asesinó en un mismo día á todos los partidarios de Odoacro. Este último se defendía entre tanto con la mas heroica tenacidad en su segunda capital, haciendo frecuen-

tes salidas nocturnas para destruir las obras de sitio de sus enemigos y apoderarse de su campamento fortificado establecido en Pineta. El último ataque sobre este punto en 10 ó 15 de julio de 491 fué tan violento, que á duras penas pudo rechazarlo Teodorico peleando desesperadamente á la cabeza de los suyos. Exhaustas las tropas mercenarias que habían quedado con Odoacro, estrechó el vencedor mas y mas el sitio; y cuando se hubo apoderado de la escuadra, refugiada en el puerto de Rímimi, cortó á la ciudad, en 28 de agosto de 492, los víveres por el lado del mar, obligándola á rendirse por hambre despues de una heroica defensa de tres años. En 27 de febrero de 493 firmóse entre ambos reyes por mediación del obispo de Rávena la capitulación bajo condiciones honrosas para ambos. Teodorico concedió á su adversario la vida, la libertad y honores reales iguales á los suyos dando Odoacro en rehenes á su hijo Tela. Desgraciadamente no se cumplió tan solemne convenio, y una negra mancha empaña la fama del gran rey Teodorico. Este pretendió que Odoacro trataba de quitarle la vida (si con fundamento ó sin él y en el primer caso con derecho ó sin derecho no está averiguado) y resolvió adelantarse. Al poco tiempo de haber entrado en la ciudad, es decir, en 5 de marzo de 493, invitó Teodorico á Odoacro á un banquete en el palacio de Lauretum de Rávena y allí le hundió el mismo su espada en el pecho. El hijo y la escolta del desgraciado rey fueron tambien asesinados.

#### CAPITULO II

##### RELACIONES EXTERIORES DEL REINO OSTROGODO DE ITALIA EN EL REINADO DE TEODORICO EL GRANDE (de 493 á 526)

Difícilísima es la tarea de presentar un cuadro de este reino, porque no solo los datos modernos, no solo las fuentes históricas antiguas sobre el estado y disposición de Italia, sino hasta las mismas relaciones sociales de la época abundan en contradicciones. Por un lado tenemos un pueblo bárbaro con su rey bárbaro tambien, dueños de Italia y de los países adyacentes, y tampoco dependientes del imperio bizantino, cuanto que pudo suscitarse entre ambas partes una lucha abierta, que se tuvo desde luego por guerra, no por insurrección.

Por otro lado observamos en la forma la conservación no solo de las instituciones italianas, sino de las relaciones de Italia con el imperio bizantino, y las solemnes declaraciones de que el país pertenecía al imperio de Oriente y que el pueblo godo formaba parte de este imperio, porque Teodorico había ido con los suyos á Italia por encargo del emperador, á fin de expulsar de allí á un usurpador y no para conquistar el país y establecer un reino propio é independiente.

A todas estas contradicciones irreconciliables se agregaba la artera diplomacia bizantina que esta vez había echado la cuenta sin la huésped: el emperador no había tenido presentes el carácter dominador de Teodorico ni el poder independiente que le aseguraba su calidad de rey nacional á la cabeza de su pueblo.

Poco despues de la muerte de Odoacro fué proclamado Teodorico rey por los suyos, no del pueblo ostrogodo, pues ya lo era, sino de Italia ó del pueblo itálico, para significar que intentaba reinar en virtud de su propio derecho, como conquistador y vencedor y no como enviado y lugarteniente del emperador. Claro es que esto contrariaba los planes de Zenon y era opuesto á lo convenido, por cuya razón se negaron despues los bizantinos á reconocer el derecho de los godos á poseer la Italia, alegando que Teodorico no había hecho mas que sustituir una usurpación por otra, quedándose

con el país en lugar de entregarlo al emperador, que solo había concedido á los godos el derecho de establecerse y vivir en él y á su rey el de gobernar puramente como comisario ó enviado imperial.

Durante la lucha con Odoacro, despues de la batalla á orillas del Adda, había despachado Teodorico á Festo, presidente del senado, á Constantinopla, para solicitar del emperador las insignias reales, es decir, la púrpura como rey de Italia reconocido por el gobierno bizantino, á fin de ganar con esto la aquiescencia de los italianos que vacilaban en reconocerle; pero antes de que el emperador contestara rindióse Odoacro y muerto ya proclamaron los godos á su rey por rey de Italia. Este acto ofendió mucho á Anastasio, que entre tanto había sucedido á Zenon en el trono, y solo al cabo de muchos años, en 498, hubo reconciliación entre ambas cortes, y despues de reconocer el emperador la legalidad de los hechos consumados, devolvió á Teodorico las insignias y joyas del imperio occidental que el último había encontrado en Rávena y mandado á Constantinopla como enviado y súbdito del emperador oriental. Sobre este acto del emperador Anastasio basaron los reyes ostrogodos sus pretensiones á la dignidad imperial de Occidente en el trato con otros reyes germánicos, aunque no en frente del emperador de Oriente.

Antes de Teodorico habían mandado en Italia diferentes jefes germánicos en nombre del emperador, pero estos, como Estilicon, Aecio y Ricimero mandaban tropas mercenarias y no un pueblo entero de familias con sus esclavos y ganados como Teodorico. Estas familias debían solamente ocupar los terrenos de los partidarios de Odoacro, muertos todos, procurando establecerse por vecindades segun la consanguinidad de los grupos; y no debían de escasear los terrenos, porque los invasores no se derramaron por igual en las diferentes provincias, como tampoco lo hicieron los otros pueblos godos en la Galia y en España, donde por lo general vivían en las poblaciones á manera de guarnición. Una prueba de que el establecimiento de las familias se hizo en Italia por grupos ó tribus consanguíneas tenemos en el hecho de que las tribus rugias que se les habían agregado en el camino, se mantuvieron durante dos generaciones separadas de los ostrogodos; y si esto sucedió con una simple é insignificante fracción de un pueblo, con mucho mayor motivo debía conservar el pueblo principal su división primitiva. A no ser así, no se explicarían muchas cosas, á primera vista incomprensibles, en la gran guerra con el imperio oriental que ocurrió despues.

En el nuevo reino de Italia dividíase la población en dos clases muy distintas, la población goda y la romana, cada una de las cuales se gobernaba segun sus tradiciones y leyes, y cada una conservaba su organización propia. La romana continuaba con su sistema administrativo establecido, sus ayuntamientos, corporaciones, tribunales y derechos individuales así como con sus deberes, en cuya primera línea figuraban las contribuciones. Para ella el rey godo había sustituido en el trono al emperador, no importándole averiguar en virtud de qué derecho, si como rey independiente ó como lugarteniente del emperador bizantino, cuestión oscura y de solución difícil.

Respecto de los godos seguía Teodorico como su rey nacional y popular. Ellos formaban casi exclusivamente el ejército, á excepcion de algunos contados jefes bizantinos y romanos de la especial confianza del soberano. En lo demás eran inevitables algunas modificaciones en la antigua organización, buena para un pueblo nómada, pero defectuosa en un país civilizado con una administración necesariamente complicada. Había la cuestión de empleados y la imprescin-

dible necesidad de extender las contribuciones á todos los súbditos, aun sin la natural tendencia de los reyes godos en territorio romano hácia el poder absoluto. El individualismo excentralizador era insostenible en frente de una población numerosa y enemiga, y lo mismo sucedía con las asambleas populares, pues que los hombres de armas diseminados con sus familias en una inmensa superficie no podían congregarse como cuando formaban tribus ambulantes. El imperio de Teodorico llegó á extenderse desde Siracusa hasta Augsburgo en Alemania, y desde Toledo hasta Belgrado en la Servia. Así contribuía todo á facilitar el establecimiento de monarquías absolutas; de modo que bien pudo escribir un ministro de Teodorico: «Es mas fácil que la naturaleza se equivoque que el que un reino no lleve el sello de su soberano,» y: «El individuo á quien el rey desconoce es casi comparable con un muerto, pues ninguna importancia tiene la persona sobre la cual no cae la mirada de su rey» (1).

La política exterior del reino de Italia se ajustaba á las relaciones variables que tenía con las dos potencias mas grandes de aquella época, el imperio bizantino al Este y el de los francos al Norte.

Mientras Teodorico con gran celo para ganarse la voluntad de sus súbditos romanos conservó buenas relaciones con el imperio de Oriente, se portó con gran mesura en sus actos. En las cartas que dirigió al emperador, habla de su reino como parte integrante del imperio; le participa que ha nombrado cónsul para el año 511 al galo Felix, y solicita la confirmación de estenombriamiento; pero cuando el emperador Anastasio en 504 envió tropas á la frontera oriental del reino de Italia para atacar á un tal Mundo, que pretendía ser descendiente de Atila, y que había establecido en aquel rincón de tierra un pequeño Estado de salteadores, mandó Teodorico á su general Piza, que estaba peleando allí cerca contra los gépidos, que socorriera al aventurero, que se hallaba con los suyos muy acosado por los imperiales en un castillo antiguo, y lo declarara protegido del rey. Como los bizantinos no hicieron caso de esta declaración, atacóles y derrotóles Piza juntamente con el contingente búlgaro que llevaban, y libertó á los sitiados. Este incidente encendió la guerra entre el emperador y su pretendido lugarteniente. El emperador valiéndose de sus escuadras, y mientras los godos estaban ocupadíssimos en la Galia, en 507 y 508, mandó atacar y saquear las poblaciones marítimas de la Calabria, procedimiento por cierto muy poco conforme con su pretensión á la soberanía. En vista de esto, armó Teodorico á toda prisa otra escuadra, que si no estaba destinada contra los vándalos solo podía tener por blanco de sus ataques el imperio bizantino; cosa que no llegó á saberse porque se zanjaron las diferencias por efecto de la política pacífica que el rey godo seguía despues de la muerte de Odoacro.

En efecto, Teodorico solo trataba ya de conservar lo que había conquistado, echando mano á la espada únicamente cuando no quedaba otro recurso, conforme hace notar expresamente la leyenda heroica de Dietrich de Berna, ya fuese esta política pacífica efecto de su propio natural y de su sabiduría ó del convencimiento de la debilidad de su reino. La guerra en la Galia le había sido impuesta por sus rencorosos y perversos vecinos del Norte, los francos, que á las órdenes de su rey merovingio Clodoveo, hombre atrevido, astuto y solapado, creían poder atacar impunemente y sin motivo á todo el mundo. Teodorico no se disimulaba el peligro que por este lado amenazaba á su reino además del que provenía de Constantinopla, y por esto observaba para con todos los reyes y jefes menores su sistema de política de

(1) Casiodoro.

(N. del T.)